

El despertar de las periferias: movimientos reformistas y revolucionarios en América Latina y Medio Oriente a comienzos del siglo XX

Por *Andrés ORGAZ MARTÍNEZ**

Introducción

CUANDO SE OBSERVAN los eventos internacionales desde la óptica europea, parece tener sentido considerar que 1914, año en que estalla la Primera Guerra Mundial, marcó un antes y un después en el orden internacional y que, al destruirse el orden y la paz europea establecidos en el siglo XIX, señala la verdadera entrada al siglo XX. No obstante, es interesante tomar en cuenta que antes de destruirse en Europa, el sistema decimonónico ya había sido cuestionado durante una década larga o más por movimientos que marcarían cada uno a su manera las realidades nacionales y mundiales. Los primeros quince años del siglo XX parecen el apogeo del sistema imperial europeo, y un duro contraste con la guerra que seguirá, pero cuando se deja de ver el contexto desde Europa y se observa el resto del mundo, salen a la luz una serie de crisis que anteceden a la Gran Guerra. En 1905, revolución en el imperio ruso; 1906, revolución constitucional en Irán; 1908, golpe de Estado de los Jóvenes Turcos en el imperio otomano; 1910, revolución en México; 1911, revolución y proclamación de la república en China.

Estas reacciones, en apariencia estrictamente nacionales, no por casualidad ocurren en el corto lapso de seis años. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el sistema imperial decimonónico y el capitalismo mundial han llevado a la aparición de realidades económicas y sociales nuevas, comunes a América Latina y Medio Oriente. La situación de los Estados de esas regiones, ni colonias ni grandes potencias, ayuda a explicar tanto sus transformaciones a lo largo del siglo XIX como la razón por la cual llegan al siglo XX armados con un discurso de reacción frente a esa situación. Discurso que llevaría a la creación de organizaciones radicales de reforma, o

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <andres4germinal@gmail.com>.

inclusive a movimientos revolucionarios cuyos programas guardan un notable parecido.

En América Latina, la Revolución Mexicana es por supuesto el caso más notable de una transformación del orden decimonónico, causada por una rebelión. Pero si México destaca por ello, no es el único país donde nuevas teorizaciones políticas esgrimieron críticas hacia el Estado. Fenómenos como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) peruana, el socialismo latinoamericano de Manuel Ugarte en Argentina y las rebeliones antiimperialistas de Centroamérica, tienen su lugar en este despertar. No solamente por los contactos e intercambios que tuvieron, sino porque su visión de la situación del continente y sus programas se asemejan.

Para el caso de Medio Oriente, nos hemos concentrado en los imperios iraní y otomano, ya que ambos comparten con América Latina la particularidad de no haber sido colonizados y haber vivido procesos de modernización y crisis similares, que desembocaron en revoluciones en 1906 y 1908. No solamente ambos procesos tuvieron lazos e intercambios entre sí, sino que sus acciones y programas se asemejan a sus equivalentes latinoamericanos.

1. Periferias del orden imperial

A partir de la década de 1870, el reparto efectivo del mundo por las grandes potencias, y la facilidad cada vez mayor de desplazamiento por vía marítima, dio acceso a recursos que en países colonizados, o bajo influencia, eran más baratos que los producidos en casa, siendo América Latina un mercado especialmente deseado por ese motivo.¹ La fuerza diplomática y militar de las potencias les permitía presionar a los gobiernos locales para negociar acuerdos beneficiosos para la economía europea y estadounidense. Otra consecuencia fue la creciente rivalidad europea y la carrera por obtener colonias y áreas de influencia. Las crisis geopolíticas aumentaron debido a los conflictos nacionalistas y coloniales, llevando a principios del siglo xx a un resquebrajamiento de la estabilidad decimonónica. Las grandes potencias dominan el mercado mundial, cuyos recursos y mano de obra se disputan. En 1890, 60% del comercio mundial está en manos de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica y Holanda. Las potencias compran productos primarios a bajo costo en sus colonias y les venden productos manufacturados. En 1905, 62%

¹ Yvan G. Paillard, *Expansion occidentale et dépendance mondiale*, París, Armand Colin, 1994, p. 202.

de los productos manufacturados viene de Francia, Gran Bretaña y Alemania, aunque ya es una leve disminución frente a la década anterior, los de Estados Unidos representan 8%. En 1900, Francia, Alemania y Gran Bretaña suman 83% de todas las inversiones hechas en países extranjeros.² Entre 1890 y 1900, Alemania se vuelve la segunda potencia industrial del mundo y rivaliza con Francia y Gran Bretaña. Esto se traduce en una querrela cada vez más grande por el mercado de las inversiones.

El imperialismo se da en múltiples formas. Desde un imperialismo formal de conquista y colonización, hasta otro informal de injerencia económica y de presión sobre las decisiones políticas de un país independiente. En este modelo de dominación, la soberanía de ciertos Estados no se cuestiona, pero su sujeción política y económica no está en duda.³ Los Estados que logran preservar su independencia se vuelven la periferia del sistema imperialista. No son colonias, pero dependen masivamente de sus relaciones con las potencias, y sobre todo de la aceptación por parte de éstas de su estatuto independiente, estatuto siempre en peligro. Entre 1880 y 1914, la rivalidad entre potencias llega a su exacerbación por el control territorial y económico del globo, de mercados y de fuentes de materia prima. Cada una trata de preservar su preeminencia, en especial ante el ascenso agigantado de Alemania y el avance de Estados Unidos sobre el hemisferio occidental. La depresión de 1875 alentó programas proteccionistas. El libre comercio y el libre intercambio defendidos por la tradición liberal clásica se transformaron y el nuevo proteccionismo perduró aun terminada la crisis hasta la Gran Guerra.⁴ Para proteger sus productos, en la década de 1890 las naciones europeas imponen tarifas aduanales que incluyen a sus colonias o las limitan en su capacidad para comerciar. Esto tendrá también consecuencias para los países de la periferia, donde la dependencia frente al comercio europeo llevó a nuevas inestabilidades y crisis causadas por la dificultad para obtener préstamos y la cerrazón de los mercados occidentales.

En Asia, sólo cinco países no eran colonias en 1900: los imperios otomano, iraní y chino, más Afganistán y Japón. Los cuatro primeros eran débiles económica y políticamente, con administraciones deficientes, pero era difícil para las potencias establecer

² René Girault, *Diplomatie européenne, nations et impérialismes, 1871-1914*, París, Payot & Rivages, 1997, pp. 240-241.

³ *Ibid.*, pp. 247-249.

⁴ *Ibid.*, pp. 48-49.

una colonización directa. Al estar ubicados en medio de territorios codiciados o reivindicados, cualquier avance sobre su soberanía por una de ellas generaba protestas de las demás. Para no hacer peligrar el equilibrio de poderes, las potencias repartieron esos Estados en zonas de influencia: enclaves en los que se cruzaban comerciantes extranjeros e intermediarios de los gobiernos locales, sobre los cuales las potencias ejercían presión a punta de inversiones y préstamos.⁵

En Medio Oriente, el imperio otomano, centrado en Turquía, y el imperio Qajar, centrado en Irán, compartían un proceso de desarrollo y crisis similar. Ambos Estados tenían la particularidad de no ser colonias, pero vivieron un siglo XIX en el que la intervención cada vez mayor de las potencias en los asuntos internos, en especial en la economía, se combinaba con un creciente deseo de reformas internas para modernizar a ambos países y preservar su independencia en un mundo en el que el impulso colonial hacía temer que tarde o temprano sería su turno. Tras un siglo XVIII de derrotas militares a manos de potencias europeas y de debilidad económica causada por el ascenso del capitalismo, los dos entraron al siglo XIX con ambiciones de modernización para detener su caída e imponerse en el concierto de naciones que se iba formando alrededor de Europa. Los gobernantes esperaban que tal modernización ayudaría a preservar el control sobre sus súbditos e inclusive lo aumentaría, pero también traería consigo toda una serie de transformaciones sociales que escapaban al control de los gobiernos y que anunciaban crisis futuras.

Durante el siglo XIX ambas monarquías llevaron a cabo intentos de modernización de sus instituciones y de su economía para resistir el embate de los poderes coloniales y la disgregación interna. En el caso del imperio otomano, el periodo fue conocido como la Tanzimat (reorganización). Dominados por intereses europeos y en constante crisis económica, los sultanes además perdieron cada vez más territorio en los Balcanes a manos de las minorías étnicas ganadas por el nacionalismo. La debilidad interna y el cerco externo hacían temer el estallido del imperio si éste no tomaba medidas para modernizar las finanzas y reforzar el control del gobierno. Bajo los sultanes reformistas de la primera mitad del siglo, el imperio entró en una era de desarrollo de escuelas calcadas del modelo europeo para preparar a los funcionarios necesarios en los nuevos ministerios, y para poner en marcha una nueva burocracia

⁵ *Ibid.*, pp. 324-325.

de Estado que llevaría a cabo las reformas queridas por el trono: racionalización de los impuestos, educación pública moderna, modernización del ejército, creación de un código de leyes único y universal aplicable a todos los súbditos sin diferencias religiosas o étnicas.⁶ El imperio firmó capitulaciones con Estados europeos, que daban facilidades a la inversión y permitían a los residentes extranjeros administrarse según las leyes de sus propios países. Esta política ayudó al desarrollo del comercio y la modernización de los medios de producción, pero también puso a la economía otomana en manos de franceses y británicos, que controlaban el comercio, la incipiente industria y la banca. Si bien así surgió una nueva burguesía y clase media educada en las nuevas escuelas, estos sectores fueron los primeros en criticar la debilidad del imperio, la intromisión extranjera y la naturaleza incompleta de las reformas, que no cuestionaban en nada el poder de la dinastía y de la corte. Pese a todo, el proyecto de reorganización permitió el surgimiento de una nueva capa de pensadores y profesionales. Formados en escuelas modernas, entraron en contacto con nuevos tipos de ciencias y con nuevos proyectos políticos. El liberalismo francés, la monarquía parlamentaria inglesa, los sistemas constitucionales, el nacionalismo, la laicidad y el positivismo fueron ideas que influyeron en la Tanzimat y crearon una incipiente vida política e intelectual.

Irán siguió una ruta similar. Durante la segunda mitad del siglo XIX las relaciones económicas entre el imperio y Europa fueron en aumento. Lo mismo que el imperio otomano, Irán perdió guerras frente a las grandes potencias, en su caso Rusia, y su territorio se fue reduciendo, lo mismo que su margen de maniobra al momento de negociar acuerdos: Irán firmó capitulaciones con las potencias europeas, por medio de las cuales les entregaba el control de la economía y de las relaciones diplomáticas a cambio de los préstamos necesarios para mantener en pie a la dinastía Qajar. La demanda europea de productos como la seda, el algodón, el arroz y el opio abrieron el mercado iraní a los inversores extranjeros y a la tecnificación enfocada en masificar la producción para respon-

⁶ *Discourses of collective identity in Central and Southern Europe (1770-1945): texts and commentaries*, Balázs Trencsényi & Michal Kopeček, eds., vol. 1. *Late Enlightenment-emergence of the modern "national idea"*, Budapest/Nueva York, Central European University Press, 2007, pp. 332-339.

der a demandas ya no locales sino internacionales.⁷ Irán se hizo dependiente de los flujos de mercancías mundiales y aunque eso permitió la modernización y acrecentó la producción, el campo se resintió conforme demostraba su incapacidad para competir con países más industrializados como Japón, quien le arrebató el mercado mundial de la seda a mediados del siglo. La obsesión por el opio contribuyó al detrimento de la producción de cereales e Irán dejó de ser autosuficiente.

La entrada de los mercados de Medio Oriente a la lógica del capitalismo moderno significaba también la de las comunidades que dependían de esos mercados a la lógica de los flujos de mercancías y capitales internacionales. La agricultura de subsistencia autosuficiente que había predominado en las comunidades, tribus y aldeas de Turquía e Irán fue remplazada gradualmente por una economía capitalista moderna en la que la producción estaba enfocada en la venta internacional y no en el consumo local. Como resultado, los equilibrios precarios mantenidos por los sistemas tradicionales de control de la tierra se derrumbaron, conforme la necesidad de capital para financiar la tecnificación y la producción masiva arruinaba a los campesinos y fomentaba el ascenso de una categoría nueva de terratenientes capitalistas completamente insertos en los mercados mundiales. El resultado fue el desarraigo de los campesinos, obligados a vender sus tierras o arruinados por las crisis económicas.⁸ El control de la tierra se fue concentrando en pocas manos, mientras campesinos sin tierra partían en busca de trabajo a las ciudades y engrosaban las filas de un nuevo proletariado en los nuevos enclaves industriales.

El desarrollo de enclaves industriales y de extracción de materias primas tuvo la consecuencia doble de destruir los sistemas tradicionales de producción (comunidades campesinas, gremios artesanales) y de poner en contacto a una nueva capa de trabajadores con nuevas realidades (producción industrial, precariedad, desarraigo) y con propuestas políticas nuevas para forzar un cambio en su situación. En el imperio otomano, la industria puso a los turcos y a las demás etnias del imperio en contacto con trabajadores y comerciantes extranjeros que traían consigo nociones de

⁷ Janet Afary, *The Iranian Constitutional Revolution, 1906-1911: grassroots democracy, social democracy, and the origins of feminism*, Nueva York, Columbia University Press, 1996, pp. 17-18.

⁸ *Ibid.*, pp. 20-21.

militancia obrera y reivindicaciones sociales.⁹ En el Cáucaso ruso, el desarrollo de la industria petrolera de Bakú (Azerbaiyán) llevó a migraciones temporales de campesinos y artesanos de todas las etnias de los imperios otomano, iraní y ruso, que formaron un caldo de cultivo en el cual campesinos convertidos en obreros entraron en contacto con el socialismo ruso. Como resultado, surgieron organizaciones similares entre iraníes, turcos, armenios y georgianos, que teorizaron una crítica política y económica tanto a sus propios despotismos como al control ejercido por las potencias mundiales en los centros industriales.¹⁰

Al llegar a los albores del siglo xx, ambos países vivían en una sociedad dual. Una monarquía ancestral apoyada por nobleza de corte, terratenientes y dirigentes tribales, y frente a ellos nuevas capas sociales: pequeña burguesía industrial y financiera educada en valores liberales y nacionalistas, obreros ganados en mayor o menor medida por el pensamiento socialista y campesinos resentidos por la falta de tierras y por su incapacidad para competir en el mercado internacional.

Resulta notable lo mucho que esta situación se parece a lo que ocurría a un océano de distancia. A partir de la década de 1870, se llevó a cabo un gradual proceso de pacificación de América Latina. Tras cincuenta años de guerras iniciadas con las independencias, una cierta estabilidad permitió el ascenso de Estados cada vez más capaces de imponer un sistema de gobierno único a sus naciones, y un mayor desarrollo económico ligado a los mercados internacionales. Se trataba en un comienzo de una “europeización” de la economía latinoamericana, que siguió cada vez más las pautas europeas, sus ascensos y crisis. En la última década del siglo xix ocurrió lo mismo con la economía estadounidense. Las oligarquías locales, influidas por el liberalismo y el positivismo, refuerzan lazos económicos e intelectuales con las grandes potencias para integrar a sus países al comercio internacional y obtener los medios para modernizar sus instituciones. Todo basado en el deseo de alcanzar el nivel de desarrollo de un Estado-nación moderno según los modelos occidentales.

A lo largo del siglo xix, los países europeos aumentaron la demanda de materias primas. América Latina desarrolló su economía

⁹ Ilham Khuri-Makdisi, *The Eastern Mediterranean and the making of global radicalism, 1860-1914*, Berkeley, University of California Press, 2010, p. 135.

¹⁰ Cosroe Chaqueri, *Origins of social democracy in modern Iran*, Seattle, University of Washington Press, 2001, p. 183.

y se convirtió en exportadora de productos agrícolas y minerales: granos, café, azúcar, algodón, maderas, fruta, plata, cobre, nitrato, estaño y eventualmente petróleo. Entre 1870 y 1884, el valor de las exportaciones latinoamericanas se incrementó 43%. Aumentaron los intercambios con todas las potencias y esta búsqueda de recursos abrió otras regiones a la explotación moderna. Surgieron enclaves industriales por toda América Latina en los cuales una nueva clase obrera se formó en las nuevas industrias: nitrato chileno en Atacama con concesiones a británicos, ganadería argentina, guano peruano, fruta centroamericana bajo control de la United Fruit Company... Los ingresos obtenidos permitieron a las oligarquías nacionales asentar sus regímenes. Como consecuencia, los poderes locales fueron perdiendo preeminencia. Los caudillos y notables fueron cooptados o integrados, los indios independientes reducidos por campañas militares como la conquista del desierto en Argentina o la campaña contra los yaquis en México.¹¹ Por concentrarse en la exportación de materia prima, la industrialización avanzó lentamente, enfocada sobre todo en satisfacer necesidades extranjeras, dejando a campesinos y obreros a merced de los vaivenes de la economía internacional. Una baja en los precios del mercado mundial bastaba para provocar una crisis de salarios en comunidades antaño dedicadas a la producción para el consumo interno.

La nueva oligarquía, asentada políticamente tras la pacificación del territorio en la primera mitad del siglo y ahora enlazada con el comercio mundial, se vuelve capitalista. Se define por la posesión de la tierra, la inversión en nuevos centros industriales, el ascenso a través de las nuevas oportunidades económicas y la entrega de concesiones a compañías extranjeras. Dichas compañías ejercen un verdadero poder y presionan a los gobiernos locales para defender sus intereses: como ejemplificaron la United Fruit Company en Centroamérica o los eventos de Cananea en 1906, cuando una huelga minera fue reprimida por la acción combinada de tropas mexicanas y estadounidenses que cruzaron la frontera con permiso del gobierno de Sonora, lo cual parecía confirmar a los ojos de los huelguistas y sus simpatizantes la alianza entre el gobierno de México y las compañías extranjeras en contra de sus propios ciudadanos.¹² Los dirigentes nacionales basan sus gobiernos en una mezcla de republicanismos constitucional y dictadura. Su

¹¹ Carmen Ramos Escandón, *Latinoamérica en el siglo XIX (1750-1914)*, México, CIALC-UNAM, 2007.

¹² Alan Knight, *La Revolución Mexicana*, México, FCE, 2010, pp. 218-220.

prioridad es la estabilidad interna, el orden y el progreso económico e institucional. Son representantes de la oligarquía enriquecida por el desarrollo de los lazos con el extranjero, influida por las escuelas de pensamiento europeas, en especial el positivismo que legitimaba a las dictaduras modernizadoras: Porfirio Díaz en México, Manuel Estrada Cabrera en Guatemala, Augusto Leguía en Perú... Mezclan el nacionalismo que legitima el control sobre el territorio, la formación de una historia y educación nacional única y la destrucción de las comunidades indígenas y de otros enclaves de poder local. La educación se vuelve práctica, científica, técnica, encaminada a entender el mundo por medio de herramientas racionales y a asimilar la identidad única de la nación para poner fin a localismos separatistas y a los modos de vida “primitivos” tanto del campesinado como de los indios. Al destruirlos, la élite liberal positivista espera crear una identidad nacional única, que concibe como garantía de unidad y progreso.

Tras su Guerra Civil (1861-1865), Estados Unidos se vuelve la principal potencia del continente. Hacia 1890, aún compite débilmente con el predominio económico británico. La primera reunión interamericana (octubre de 1889-abril de 1890) tenía por objeto crear una colaboración continental para limitar las injerencias europeas, pero en la práctica sólo dejó en evidencia el papel directivo de Estados Unidos como nueva potencia del continente, ya que sólo dicho país podía enfrentarse a una intervención directa de los imperios europeos.¹³ Sus compañías extienden su influencia sobre la política y la economía latinoamericana.¹⁴ Esto explica que, a finales del siglo XIX, el antiimperialismo se haya vuelto una faceta de la política reformista latinoamericana radical, por miedo a ver regresar el colonialismo de tipo español, esta vez a manos de Estados Unidos. Por lo demás, las acciones estadounidenses en el continente no se diferenciaban demasiado de la lógica europea de colonialismo indirecto aplicado en Turquía e Irán: la pérdida de Cuba por España en 1898 marcaba simbólicamente el final del colonialismo europeo en América. La guerra de Estados Unidos contra España, que llevó a la independencia de la isla, marcaba el deseo de los presidentes “progresistas” estadounidenses de desempeñar un papel de primer nivel en la diplomacia mundial y de ser considerados como una gran potencia. La presencia estadounidense en

¹³ Girault, *Diplomatie européenne, nations et impérialismes* [n. 2], pp. 301-303.

¹⁴ Graziano Palamara, *En las garras de los imperialismos*, Bogotá, Universidad Católica de Colombia, 2012, pp. 59-61.

Cuba duró de 1898 hasta 1922. No era coincidencia, ya que Cuba “sought liberation just as imperialism peaked”.¹⁵ Si los europeos colonizaban Asia y África, los estadounidenses buscaban expandirse en América por las mismas razones: necesidad de mercados para sus productos debido a los bajos sueldos en Estados Unidos, deseo de arrebatar a España sus últimas colonias antes de que se apropiaran de ellas países más poderosos como Alemania o Japón, paternalismo racista convencido de aportar el progreso de la república y el libre mercado a pueblos incapaces de gobernarse. Theodore Roosevelt declaró que Estados Unidos defendería el orden y la seguridad de la sociedad civilizada en el continente, argumentos imperiales.¹⁶ Para 1905, 60% de la tierra en Cuba era propiedad de corporaciones o particulares estadounidenses que también controlaban el comercio del azúcar, el tabaco, la minería y el ferrocarril. En 1900, dos elecciones fueron anuladas y se retrasó la independencia debido a que los candidatos eran considerados demasiado radicales por los estadounidenses. La Enmienda Platt, agregada a la constitución cubana en 1901, autorizaba a Estados Unidos a intervenir militarmente para preservar sus intereses y propiedades.¹⁷ En Panamá intervino seis veces entre 1860 y 1873, y luego en 1885, 1895 y 1901 para proteger al ferrocarril que cruzaba el istmo o a sus ciudadanos, o contra huelgas en plantaciones operadas por estadounidenses. En 1903 apoyó la independencia de Panamá, impidiendo al ejército colombiano reprimir una rebelión secesionista. A cambio pidió que Panamá cediera el territorio necesario para el canal, so pena de dejar a Colombia regresar. El tratado daba derecho a los estadounidenses a intervenir cuando lo desearan.¹⁸

Estas circunstancias mundiales van a llevar al desarrollo de la economía y las infraestructuras de los países latinoamericanos, pero también a una reacción en contra de sus consecuencias más funestas: en nombre de la expansión territorial y económica, las nuevas oligarquías desamortizaron las propiedades corporativas, en especial de la Iglesia, se vendieron tierras públicas a intereses privados, se dieron concesiones, se conquistaron tierras indígenas para fomentar la propiedad privada, se llevó a la concentración de

¹⁵ Alan McPherson, *A short history of US interventions in Latin America and the Caribbean*, Malden, MA/Oxford, Wiley Blackwell, 2016, p. 35.

¹⁶ Girault, *Diplomatie européenne, nations et impérialismes* [n. 2], p. 307.

¹⁷ McPherson, *A short history of US interventions in Latin America and the Caribbean* [n. 15], pp. 45-47.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 57-59.

la tierra y al desarrollo del peonaje.¹⁹ Los excedentes de mano de obra campesina, causados por la falta de tierras y el aumento de la población, se volvieron una mano de obra asalariada, primero temporal y luego permanente, y dieron lugar a una clase obrera en enclaves industrializados.²⁰

Como consecuencia, entre el siglo XIX y el XX comienzan a surgir por América Latina movimientos políticos y teorizaciones enfocados en responder a esta nueva realidad. Realidad que, como hemos visto, era más bien la faceta regional del estado del mundo. Y si los latinoamericanos cuestionaban cada vez más ese orden, otras regiones hacían lo mismo. Un estudio de la situación internacional hacia 1910 muestra toda una serie de respuestas a las condiciones mundiales en países “periféricos”.

2. Las respuestas de los nuevos actores

HACIA 1890, comienza a decaer el peso del liberalismo clásico y del positivismo en las mentalidades. Aun en Europa, el auge del socialismo por un lado y de los nacionalismos románticos por el otro eran dos maneras de cuestionar los éxitos del sistema decimonónico y de abogar por un cambio en las prioridades del capitalismo transnacional: ya sea la defensa de políticas sociales internacionales, o el repliegue sobre la identidad nacional. Era ésta una de las contradicciones de un mundo en el cual el internacionalismo provocado por el orden mundial, el capitalismo y los intercambios de ideas, ascienden en paralelo a un renovado nacionalismo provocado por la llegada de esas mismas ideas nuevas que fomentan la rebelión de pueblos colonizados y minorías étnicas.²¹ Durante décadas, las mentalidades y los medios de acción de las potencias permanecieron inmutables, satisfechos en su predominio, mientras el mundo cambiaba a su alrededor y comenzaba a producir rechazo y a proponer alternativas.²² Las tendencias socialista y nacionalista van a desempeñar un papel decisivo en las periferias, donde nuevas generaciones reaccionan en formas cada vez más radicales a los límites que perciben en el modelo de progreso ofrecido por el sistema imperial.

¹⁹ Luis Bértola y José Antonio Ocampo, *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*, México, FCE, 2013, pp. 131-132.

²⁰ *Ibid.*, p. 136.

²¹ Girault, *Diplomatie européenne, nations et impérialismes* [n. 2], pp. 222-225.

²² *Ibid.*, p. 221.

En 1906, y en buena medida inspirada en la Revolución Rusa del año anterior, dio inicio la Revolución Constitucional iraní.²³ La Revolución Rusa de 1905, causada por la desastrosa guerra con Japón y la miseria que ocasionó en la población, tuvo dos consecuencias decisivas para Irán: primero, a pesar de que reprimió con violencia a los manifestantes, el gobierno del zar tuvo que resignarse a otorgar un parlamento y a dar al menos en apariencia nacimiento a una monarquía constitucional que respondiera a las demandas de sus súbditos. Si bien esto fue más una ilusión que otra cosa, el hecho de que el zar se hubiera sometido repercutió en los ambientes militantes de los países de Asia, donde la idea de una monarquía constitucional se fue abriendo camino, inspirada por el aparente triunfo de los rusos. En el Cáucaso, militantes de diversas etnias participaron en la Revolución Rusa y un año después lo harían en Irán.²⁴

Para lidiar con la inestabilidad y el desorden provocados por la revolución, Rusia exigió a Irán que reembolsara los préstamos otorgados anteriormente al gobierno del shah. Para ello, éste aumentó los impuestos. Tales políticas ya habían llevado a protestas anteriormente, pero lo que ocurrió en 1906 tomaría un cariz muy distinto cuando estalló una huelga de comerciantes que exigían el respeto a los intereses de los productores locales por encima de los extranjeros. Para sorpresa del régimen, una serie de protestas a lo largo del año siguiente reagrupó una alianza polifacética de opositores que simpatizaban con los huelguistas: autoridades islámicas que veían la salvación de Irán en la ley coránica, clasemedieros de educación liberal secular que culpaban a los Qajar de vender los intereses de la nación a capitalistas extranjeros,²⁵ revolucionarios inspirados en el socialismo ruso y una clase burguesa resentida por quedar al margen del poder y del control sobre la economía. La represión del movimiento y la falta de buena voluntad del shah llevaron a alzamientos armados. Con la crisis económica empeorando y el ejemplo de una Rusia derrotada y en revolución frente

²³ Ivar Spector, *The first Russian Revolution: its impact on Asia*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, Inc., 1962, p. 38.

²⁴ Hourii Berberian, *Roving revolutionaries: Armenians and the connected revolutions in the Russian, Iranian, and Ottoman worlds*, Oakland, University of California Press, 2019, pp. 42-43.

²⁵ Ervand Abrahamian, "The causes of the constitutional revolution in Iran", *International Journal of Middle East Studies* (Cambridge University Press), vol. 10, núm. 3 (agosto de 1979), pp. 381-414, p. 394.

a su puerta, el shah se resignó y el 30 de julio aceptó una carta magna redactada por una asamblea constituyente.²⁶

La victoria de los constitucionalistas llevó casi inmediatamente a la disgregación de su alianza. Temiendo una revolución popular y secular, la burguesía moderada, defensora de la propiedad privada, y las autoridades religiosas se dieron por satisfechas y se aliaron con la monarquía. Entre las demandas de la asamblea nacional era prioritario el rechazo a préstamos extranjeros que sometieran a Irán a las ambiciones de Rusia y Gran Bretaña, y la creación de un banco nacional. Medidas nacionalistas pero en definitiva liberales, encaminadas sobre todo a devolverle a Irán su independencia económica y diplomática.

Sobre el telón de fondo de estas cuestiones surgieron movimientos feministas a favor de la igualdad ante la ley, campañas para secularizar la educación, movimientos campesinos y obreros deseosos de autogestión y defensa frente a las demandas del mercado, organizaciones socialistas que abogaban por la descentralización del poder para dar autonomía a las asambleas locales. Los intereses de las diversas ramas de la alianza constitucionalista los separaron en cuanto fue necesario proponer un modelo de reformas. El nuevo shah se opuso a todo esto y a partir de 1907 le declaró la guerra a la asamblea nacional, mientras los rusos intervenían militarmente en el norte del país para someter a los constitucionalistas.

Por todo Irán rebeliones y conflictos locales estallaron entre monárquicos, milicias constitucionalistas, tropas rusas, organizaciones campesinas y tribus que pactaban con tal o cual bando. En el Azerbaiyán iraní, los militantes radicalizados en Rusia se volvieron el centro de la resistencia al shah y a las tropas zaristas. Desde ahí salió la ofensiva que recuperó Teherán en julio de 1909 y restituyó a la asamblea en sus funciones. El shah partió al exilio. El orden constitucional fue restablecido pero dividido y rodeado por la hostilidad de Rusia, Gran Bretaña, los inversores extranjeros y los monárquicos.

Los rusos, opuestos a las reformas económicas que le harían perder el control efectivo del país, invadieron nuevamente con tal violencia que la asamblea nacional, privada de aliados, aceptó disolverse para obtener los préstamos necesarios, salvar al país de la crisis económica y poner fin a la ofensiva rusa.²⁷ El shah volvió en 1911, poniendo fin al experimento constitucionalista iraní. Ya

²⁶ Chaqueri, *Origins of social democracy in modern Iran* [n. 10], p. 99.

²⁷ *Ibid.*, p. 109.

en 1907, Rusia y Gran Bretaña se habían repartido el país en dos áreas de influencia al norte y al sur. Irán no sería colonizado, pero para todo efecto práctico pertenecía a ambas potencias, que lo veían como la frontera entre sus imperios y un pozo de préstamos e inversiones.

A pesar de ello, los anhelos despertados por la revolución seguirían su curso. Los constitucionalistas más radicales fundarían las bases del comunismo iraní y tratarían de crear una república soviética en el norte del país en 1920.²⁸ Los más moderados apoyarían en esa misma década la toma de poder de Reza Shah Pahlavi, quien inauguraría un régimen autocrático, modernizador y secular que gobernaría Irán hasta la reacción islámica de 1979.

Dos años después de que estallase la revolución iraní, ocurrió el golpe de Estado de otra organización constitucionalista, esta vez en Constantinopla. En 1876, el proyecto de reorganización otomano había culminado con la proclamación de una constitución y el comienzo de una incipiente monarquía parlamentaria. En 1878, el sultán Abdulhamit II, apoyándose en los estamentos conservadores del imperio, suspendió indefinidamente la constitución y el parlamento. En respuesta, surgieron movimientos de oposición que serían conocidos como Jóvenes Turcos, una agrupación de militares, funcionarios y pensadores. Educados en valores científicos, nacionalistas y liberales, culpaban al Islam y al sultanato del atraso intelectual del pueblo turco. Como defensores de la constitución, compartían un deseo de reformas institucionales, económicas y políticas. Formados en Europa o en escuelas del Estado con programas occidentales, ofrecían proyectos de reforma y colaboraban con revolucionarios griegos, árabes, albaneses y armenios dispuestos a reformar el sistema otomano en alianza con los turcos.

Por encima de todo, los Jóvenes Turcos temían la disgregación del imperio. El apoyo de Europa a los nacionalistas secesionistas de los Balcanes, sin contar las capitulaciones que habían entregado el comercio a potencias extranjeras, parecían confirmar que la integridad territorial estaba amenazada por dentro y por fuera. De ahí el agresivo antiimperialismo de los Jóvenes Turcos. La aplastante victoria de Japón sobre el gigante ruso en 1905 fue muy bien recibida como una confirmación de sus anhelos nacionalistas

²⁸ Pezhmann Dailami, “The First Congress of Peoples of the East and the Iranian Soviet Republic of Gilan, 1920-1921”, en Stephanie Cronin, ed., *Reformers and revolutionaries in modern Iran: new perspectives on the Iranian left*, Londres/Nueva York, Routledge, 2004, pp. 85-117.

y modernizadores.²⁹ Su proyecto económico original era el mismo que el de la Tanzimat: alentar la inversión, la industrialización, romper las barreras legales para facilitar intercambios comerciales. Este programa liberal clásico condujo a intentos de industrializar al imperio y tecnificar el campo, pero no se tradujo en una mejoría notable en la economía. En reacción a la crisis económica y a la hostilidad percibida del capitalismo extranjero, la rama más radical del movimiento adoptó políticas proteccionistas y nacionalistas para equilibrar la relación comercial del imperio con el mundo. Una especie de socialismo nacional enfocado en acabar con la dependencia, mismo que se encuentra entre los constitucionalistas iraníes y, como veremos, entre los latinoamericanos.

En 1908, los Jóvenes Turcos, dirigidos por el Comité Unión y Progreso (CUP), tomaron el poder en un golpe de Estado apoyado por el ejército, la intelectualidad progresista, organizaciones de etnias diversas y los incipientes movimientos populares surgidos entre los trabajadores.³⁰ El sultán fue relegado a un papel menor, el Parlamento y la Constitución de 1876 restablecidos. En un ambiente festivo y solidario, las diversas etnias del imperio manifestaron su esperanza de que esto sería el comienzo de las reformas político-sociales y económicas que todos esperaban para liberar al imperio del peso colonialista: democratización del gobierno, autonomía local y cultural para las etnias.

En la práctica, la revolución decayó en cuanto comenzó. Ahora que gobernaban un imperio que se caía a pedazos frente a la hostilidad de potencias colonizadoras y minorías independentistas, los Jóvenes Turcos abandonaron buena parte de su programa reformista y se enfocaron en centralizar el poder para impedir el estallido al que parecía condenado el imperio. Esta situación fue lo que llevó a las minorías a romper con ellos cuando la política del CUP dio prioridad a la preservación del imperio y no a la democratización.³¹ En 1909, los musulmanes conservadores intentaron un golpe de Estado para abolir la constitución, y entre 1911 y 1912, Italia y los países balcánicos arrebataron territorios al imperio tras guerras desastrosas. Cercado por dentro y por fuera, el CUP dio un golpe de Estado interno en 1913 y asumió poderes dictatoriales. En 1914,

²⁹ M. Şükrü Hanioglu, *Preparation for a revolution: the Young Turks, 1902-1908*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 2001, p. 302.

³⁰ Khuri-Makdisi, *The Eastern Mediterranean and the making of global radicalism* [n. 9], p. 135.

³¹ Hanioglu, *Preparation for a revolution* [n. 29], pp. 294-297.

en un intento por invertir la tendencia, involucró al imperio en la Primera Guerra Mundial en el bando de Alemania, apuesta que sería fatal para su gobierno y para el imperio, el cual no sobrevivió a la prueba y acabó repartido entre movimientos nacionalistas y ambiciones colonialistas.

Sólo la península de Anatolia sería preservada por los herederos intelectuales de los Jóvenes Turcos: los nacionalistas de Mustafá Kemal, quienes darían nacimiento a Turquía en 1922, primer intento de república laica en un país de mayoría musulmana. Una república dictatorial en la cual la industrialización y una agresiva laicidad convivían con la creación de un banco nacional, reparto agrario y políticas nacionalistas enfocadas en combatir tanto el peso extranjero en la economía como a las minorías étnicas que se negaran a integrarse a la identidad turca.

En las mismas fechas, las naciones de América Latina, donde culminaban décadas de gobiernos liberales y de repúblicas oligárquicas, vieron la aparición de toda una serie de corrientes, movimientos y pensadores que de la misma manera se proponían modificar las realidades políticas, económicas e ideológicas de sus países, e inclusive se proyectaban más allá de la nación hacia una visión continental de los problemas por resolver.

Inspirada en las nociones socialistas de ir al pueblo para contribuir a la democratización, la educación y la adquisición de una conciencia militantes, la juventud educada de finales del siglo XIX comenzó a abogar por un movimiento de escuelas populares que integrara a las masas a la vida política nacional por medio de la democracia, el conocimiento y la cultura. Este movimiento repercutirá por toda América Latina. En México fue apoyado por José Vasconcelos y el Ateneo de la Juventud, y en Perú por Manuel González Prada, quien inspiró a Víctor Raúl Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui en la primera etapa de su militancia política.³²

Las Universidades Populares estaban inspiradas en el ejemplo de los socialistas franceses de finales del siglo XIX y de sus proyectos de educación popular, una educación altamente politizada cuyo objetivo era que las clases trabajadoras entendieran las causas de sus malestares y obtuvieran las herramientas para darles remedio. Era también un proyecto cultural que soñaba con unir a las clases intelectuales y trabajadoras para que se conocieran y obraran juntas por una sociedad más democrática. Estas escuelas se dispersaron

³² Rogelio de la Mora V., *Intelectuales en América Latina, escenarios y debates*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2014, p. 13.

por Europa y testigos latinoamericanos llevaron su ejemplo de vuelta a sus países, entre ellos González Prada.³³ Cuando la Primera Guerra Mundial hundió en crisis a estas universidades europeas, en América Latina estaban en su apogeo. González Prada, positivista convertido al socialismo durante su estancia europea, aboga desde 1898 por una unión obrero-intelectual por medio de la educación popular, tanto para crear una identidad peruana soberana y patriótica como para aportar remedios a los problemas sociales y económicos. González Prada muere en 1921 y Haya de la Torre funda poco después una universidad popular con su nombre, donde van a formarse y a dar clases los futuros fundadores del APRA y del socialismo peruano moderno. Lo mismo ocurre en Argentina y en México, donde las escuelas racionalistas tendrán una gran importancia en la futura revolución en el sudeste del país y donde se formará gente como Antonio Díaz Soto y Gama, después zapatista. Todas tienen por objeto emancipar al trabajador y darle herramientas para combatir por sus derechos frente a la oligarquía liberal.³⁴

El caso más notable de una rebelión contra la oligarquía decimonónica en América Latina es por supuesto la Revolución Mexicana. Tras treinta años de gobierno de Porfirio Díaz, México era un modelo de estabilidad, desarrollo económico, inversión extranjera y progreso como lo entendían los liberales positivistas que controlaban el gobierno. Debajo de este optimismo de cara al centenario de la independencia de 1810, opositores venidos de horizontes distintos cuestionaban cada vez más el consenso alrededor de la dictadura. Liberales de viejo cuño reprochaban al dictador su control sobre el poder y su olvido de los imperativos nacionales y anticlericales del liberalismo tradicional, remplazados por un *modus vivendi* con la Iglesia y un diluvio de inversiones extranjeras.³⁵ El campesinado y la clase obrera surgidas de estos contactos con el mercado mundial enarbolaron sus propias demandas de reparto agrario y políticas sociales, cuando no eran abiertamente revolucionarias, inspiradas por los contactos de los trabajadores mexicanos con organizaciones sindicales estadounidenses, siendo el caso más notable el del Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, pasados del liberalismo al anarquismo.³⁶ Por fin,

³³ *Ibid.*, pp. 15-18.

³⁴ *Ibid.*, pp. 24-25.

³⁵ James Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI, 1982, p. 87.

³⁶ *Ibid.*, pp. 90-92.

una burguesía y clase media de pequeños propietarios, beneficiados por el despegue económico del Porfiriato pero marginados del gobierno, terminó reuniéndose alrededor de Francisco I. Madero para reclamar una democratización del sistema político, sin por ello cuestionar las bases económicas del régimen, salvo que se le diera prioridad a los intereses mexicanos.³⁷

Estas oposiciones diversas estallaron en rebelión en 1910, en la coyuntura de las elecciones en las que Madero fue arrestado para asegurar la reelección de Díaz. Reunidos alrededor de Madero, movimientos de diversos tipos y con bases sociales distintas tumbaron al régimen de Díaz menos de un año después, pero en el acto se dividieron. México estalló en una pluralidad de gobiernos, caciques y movimientos revolucionarios que se disputarían el poder hasta la década de 1920. Para poner fin a la guerra civil los revolucionarios sobrevivientes acordaron, a espaldas de Plutarco Elías Calles, la creación de un partido revolucionario que controlaría los destinos de México durante todo el siglo xx. En su seno, los conflictos entre proyectos y visiones de lo que la revolución debía ser continuaron hasta la década de 1930.

Este intento por amalgamar a agraristas campesinos, sindicatos socialistas y pequeños propietarios condujo, conforme el gobierno revolucionario restablecía el orden por el país, a la marginación de los elementos más radicales y a la creación de un consenso alrededor de ciertos puntos: nacionalismo económico, que no cuestionaba la propiedad privada ni la inversión extranjera pero defendía la participación del Estado en la economía para garantizar que los mexicanos se beneficiaran del desarrollo industrial; reparto agrario, aunque según la región o el presidente en turno éste estaba encaminado a crear ejidos colectivos o pequeña propiedad individual; campañas de alfabetización y educación laica y anticlerical para reforzar el poder del Estado revolucionario y el sentimiento de pertenencia nacional.³⁸

Combinada con las Universidades Populares, la Revolución Mexicana tuvo una gran repercusión en los ambientes militantes de América Latina. No faltaron quienes vieron en ella y en la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) el modelo a seguir para que la región se dotara de organizaciones revolucionarias de masa

³⁷ Friedrich Katz, *De Díaz a Madero: orígenes y estallido de la Revolución Mexicana*, México, Era, 2004, pp. 19-20.

³⁸ Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: la formación del nuevo Estado en México*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 100-102.

susceptibles de competir con las oligarquías, partidos que fomentaran la alianza entre las clases medias y populares en nombre de la soberanía nacional y los derechos sociales.³⁹

Entre los ejemplos más representativos de esta nueva corriente se encuentran el peruano Haya de la Torre y su Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) que, si bien fue fundada varias veces con diversas encarnaciones entre 1924 y 1930, era resultado de la larga gestación del pensamiento de las Universidades Populares. Como su nombre indica, era un proyecto de reforma a nivel continental, influido por la Revolución Mexicana,⁴⁰ y cuyo trabajo en pos de la educación y concientización de las masas latinoamericanas tuvo una vasta influencia más allá de su propio país como una organización militante que articulara las reivindicaciones de las clases populares y medias.⁴¹

En 1919, la caída de la republica aristocrática peruana llevó a grandes esperanzas de cambio político y social, incluyendo la participación de las clases populares en la política nacional para mejor representar sus anhelos. El nuevo régimen de Augusto Leguía estableció el salario mínimo y reconoció la existencia de ciertas comunidades campesinas y reivindicaciones de los trabajadores del azúcar, pero su alianza con las clases populares no fue más allá. En 1923 suspendió la constitución para mantenerse en el poder, lo cual lo aisló de los ambientes más reformistas. Su política de modernización de la economía con apoyo de capital estadounidense tuvo predominio sobre las políticas sociales. Las protestas estudiantiles y obreras fueron reprimidas en 1923 y Haya de la Torre exiliado. Como consecuencia, las organizaciones estudiantiles y populares se radicalizaron.⁴² Durante su exilio en México, Estados Unidos y Europa, Haya de la Torre teorizó la creación de un partido político moderno, que fundó como una célula en París en 1925.⁴³

³⁹ Pablo Yankelevich, *La Revolución Mexicana en América Latina: intereses políticos e itinerarios culturales*, México, Instituto Mora, 2003.

⁴⁰ Richard V. Salisbury, "The Middle American exile of Victor Raúl Haya de la Torre", *The Americas* (Cambridge University Press), vol. 40, núm. 1 (julio de 1983), pp. 1-15, en DE: <<https://doi.org/10.2307/981098>>.

⁴¹ Liisa North y Mario Dos Santos, "Orígenes y crecimiento del partido aprista y el cambio socioeconómico en el Perú", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* (Argentina, IDES), vol. 10, núm. 38 (julio-septiembre de 1970), pp. 163-214.

⁴² Lewis Taylor, "The origins of APRA in Cajamarca, 1928-1935", *Bulletin of Latin American Research* (Society for Latin American Studies), vol. 19, núm. 4 (octubre de 2000), pp. 437-459, pp. 438-439.

⁴³ *Ibid.*, p. 442.

Las prácticas políticas del APRA, aprendidas por Haya de la Torre en Europa, eran nuevas para Perú y rompían con su política elitista: la movilización de militantes en reuniones políticas, las marchas, la invitación a ciudadanos comunes a participar. Haya de la Torre proponía reformas sociales encaminadas a combatir a la oligarquía dentro y al imperialismo fuera. Esto se combinaba con el deseo del APRA de ser un partido de masas, con una organización con células y comités que le dieran una presencia nacional: la alianza entre clases medias, intelectuales, maestros rurales, doctores y abogados populares, obreros, artesanos y campesinos, su mensaje atraía a gente de horizontes distintos, a diferencia de los partidos de la élite o de los comunistas. Sus anhelos eran económicos (derechos laborales, modernización, preferencia a trabajadores nacionales por sobre los capitales extranjeros, nacionalización de la tierra), políticos (elecciones libres, libertad de prensa, mayor participación de las masas) y sociales (campañas de educación, secularización). De esta manera se tejió una amplia red de apoyo y propaganda que alcanzaba todos los ambientes, desde las escuelas y universidades hasta organizaciones obreras y campesinas.⁴⁴

El APRA va desempeñar un papel predominante en el desarrollo del pensamiento político popular a nivel continental y en la vida política peruana y defenderá un programa de antiimperialismo latinoamericano para combatir el predominio político y económico extranjero, la nacionalización de los productos de la tierra y la industria, la internacionalización del Canal de Panamá y la solidaridad de todas las clases sociales y pueblos oprimidos.⁴⁵ Era un movimiento de acercamiento hacia las clases populares por medio del cual estudiantes y maestros como Haya de la Torre y Mariátegui, futuro fundador del marxismo peruano, se proponían combatir el predominio de la escuela nacional, elitista e integrada al sistema liberal, y proporcionar una alternativa no solamente para educar a las masas obreras y campesinas, sino también para hacerlas tomar conciencia de las realidades económicas continentales y ofrecer una alternativa militante para generar cambios políticos y econó-

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 446-449.

⁴⁵ Richard Lee Clinton, "APRA: an appraisal", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* (Cambridge University Press), vol. 12, núm. 2 (abril de 1970), pp. 280-297, en DE: <<https://doi.org/10.2307/174876>>.

micos. Este movimiento se dispersó por todo el continente y fue una escuela para futuros militantes reformistas y revolucionarios.⁴⁶

En 1910, lo mismo que en México, la élite gobernante argentina había alcanzado su apogeo. Había desarrollado económicamente a su país, establecido relaciones económicas y culturales sólidas con Europa. Detrás de todo esto, surgían nuevas generaciones preocupadas por el costo de estos éxitos, por la corrupción y falta de democracia, y sensible a las demandas de trabajadores e inmigrantes. Por línea general, estas críticas estaban enfocadas en denunciar la corrupción material de las élites, la desigualdad creada por este desarrollo, el poder económico de potencias extranjeras. Lamentaban el olvido de los ideales que motivaron al liberalismo de comienzos del siglo XIX y su remplazo por una versión puramente material de la noción de progreso.

Estas ideas fueron sintetizadas por Manuel Ugarte en *El porvenir de América Latina* en 1910.⁴⁷ Ugarte vivió en Francia en 1897, donde se hizo socialista. Tras visitar Estados Unidos en 1899, comenzó a teorizar un proyecto de socialismo, nacionalismo, antiimperialismo y latinoamericanismo. Se unió al Partido Socialista en Argentina, del cual fue excluido dos veces por su defensa del nacionalismo.⁴⁸ Intelectual popular muy leído por los estudiantes de toda América Latina, en 1901 denunció la nueva forma de imperialismo informal: no había conquista directa sino un largo periodo de infiltración económica y cultural que a la larga hacía más aceptable el peso imperial. Daba como ejemplos las intervenciones estadounidenses en el norte de México, Cuba, Centroamérica y el Caribe.⁴⁹

Para Ugarte, la lucha contra el imperialismo venía unida a una crítica de las oligarquías locales. El alzamiento de los latinoameri-

⁴⁶ Jeffrey L. Klaiber, "The Popular Universities and the origins of Aprismo, 1921-1924", *The Hispanic American Historical Review* (Duke University Press), vol. 55, núm. 4 (noviembre de 1975), pp. 693-715.

⁴⁷ Pablo Yankelevich, "Una mirada argentina de la Revolución Mexicana: la gesta de Manuel Ugarte (1910-1917)", *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 4, núm. 44 (abril-junio de 1995), número monográfico *La Revolución Mexicana: ecos cercanos y lejanos*, pp. 645-676, p. 647; Adriana Ortega Orozco y Romain Robinet, "Nous les latino-américains, nous qui n'avons ni canons, ni cuirassés": les élites du Mexique face à la Grande Guerre", *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire* (Presses de Sciences Po), núm. 125 (enero-febrero de 2015), pp. 105-120, pp. 112-113.

⁴⁸ Javier Moyano, "El concepto de América Latina en el pensamiento de Manuel Ugarte y Deodoro Roca", en Aimer Granados García y Carlos Marichal, eds., *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 179-205, p. 181.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 186-187.

canos debía hacerse primero contra las oligarquías que fomentaban el imperialismo por interés. A diferencia del socialismo marxista o del anarquismo, Ugarte consideraba al patriotismo un concepto popular y revolucionario. Asociaba socialismo y nacionalismo, ya que la lucha por los derechos de las clases oprimidas implicaba a la vez luchar contra enemigos internos y externos. El nacionalismo defendía la autonomía de las naciones frente al imperialismo, el socialismo defendía la autonomía de las masas frente a las oligarquías, la cuestión social estaba supeditada a la cuestión nacional. Defendía una alianza nacional y por ello se oponía a la lucha de clases. Consideraba que el capital podía ser “creador” si beneficiaba a las naciones en las cuales se creaba la riqueza. Como defensor de la identidad nacional, la propiedad, la patria y el capital, el socialismo de Ugarte no se amoldaba al internacionalismo y a la lucha de clases que desde finales del siglo XIX predominaban en el socialismo europeo, y menos con el futuro marxismo soviético. Por ello su relación con el socialismo en general fue tormentosa.⁵⁰ En 1913 esta defensa del nacionalismo lo llevó a ser excluido del Partido Socialista. Ocurriría de nuevo en 1939, y terminó su vida como peronista.

La Revolución Mexicana y la subsecuente intervención de Estados Unidos alentó el antiimperialismo de Ugarte y lo convenció de que sus ideas se encontraban reflejadas en México, desde donde debía surgir la solidaridad latinoamericana frente a las agresiones comunes. Entre 1911 y 1913 recorrió América Latina difundiendo su pensamiento y creando bases para organizaciones unitarias latinoamericanas. En 1911 llegó a México y trabó contactos con gente del Ateneo de la Juventud que simpatizaban con sus ideas y con estudiantes universitarios. Denunció la falta de reformas de Madero y sus contactos excesivos con Estados Unidos, y favoreció en cambio una alianza continental con programa social y nacionalista contra el poder anglosajón.⁵¹ En 1914 creó comités pro México en Argentina para denunciar la intervención estadounidense en Veracruz y Tampico. Eso lo hizo apoyar a Venustiano Carranza, como la encarnación de la autodeterminación de los pueblos y la resistencia frente a la invasión.

En Guatemala, la dictadura positivista y liberal de Manuel Estrada Cabrera duró de 1898 a 1929, cuando cayó a manos de un

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 189-190.

⁵¹ Yankelevich, “Una mirada argentina de la Revolución Mexicana” [n. 47], pp. 649-655.

levantamiento militar y político dirigido por el Partido Unionista, movimiento a cargo de una nueva generación de pensadores y universitarios. Críticos del régimen, partidarios de la reforma democrática, fundadores de Universidades Populares en la década de 1920, inspirados por González Prada y Haya de la Torre y por la Revolución Mexicana, se declaran antiimperialistas, defensores de la solidaridad latinoamericana y de políticas sociales.⁵² Varios de ellos viven exiliados en México y son testigos de la revolución, donde los influye Vasconcelos y su proyecto de escuelas rurales y misiones culturales, cuyo objeto es educar a las masas e integrarlas a la comunidad nacional por medio del desarrollo de una identidad común. Como en Perú, México o Argentina, los universitarios centroamericanos pertenecen a una generación militante que tuvo una participación activa en la lucha contra las dictaduras liberales y que aporta un nuevo pensamiento social, o socialista, defensor de la unión de clases por medio de la educación y la cultura nacional. La Primera Guerra Mundial y las intervenciones estadounidenses en Centroamérica en la década de 1920 sólo acrecientan su antiimperialismo y su admiración por Augusto César Sandino.⁵³

Sandino y su rebelión frente a la ocupación estadounidense de Nicaragua en 1926 representan a su manera las contradicciones del pensamiento político moderno. Si bien el programa de la rebelión liberal era la expulsión de las tropas estadounidenses y el derrocamiento del gobierno conservador que se apoyaba en ellas, el programa para Nicaragua estaba ya dividido según su mayor o menor grado de radicalismo. En su manifiesto del 1º de julio de 1927, Sandino defendía la idea de independencia nacional, prueba de que no había renunciado al legado nacionalista liberal. En 1932 una circular describía la labor de los sandinistas como nacional (liberación del territorio de las tropas invasoras) y socialista (creación de cooperativas una vez ganada la guerra, bancos comunitarios, mutualismo y crédito sin intereses para campesinos y obreros). Una mezcla de nacionalismo y socialismo cooperativista; esto último una influencia de la Casa del Obrero Mundial y de la Confederación General del Trabajo de Tampico, con la cual Sandino participó en febrero de 1928 en la huelga de la Huasteca

⁵² De la Mora V., *Intelectuales en América Latina, escenarios y debates* [n. 32], pp. 123-125.

⁵³ *Ibid.*, pp. 150-151.

Petroleum Company, donde había trabajado entre 1925 y 1926.⁵⁴ En plena Revolución Mexicana creó lazos con el Partido Socialista del Sureste en Yucatán, cuyo programa compartía una mezcla de patriotismo y política con movimientos de masas cooperativistas.⁵⁵ No es pues casualidad que en 1927 el gobierno revolucionario mexicano apoyara a la resistencia liberal en Nicaragua.⁵⁶

Este internacionalismo latinoamericano, influido por Ugarte y el proyecto de llevar a cabo la misma lucha de liberación nacional en todo el continente, no impidió que conforme las líneas ideológicas a nivel mundial se hacían más complejas con la fundación de la Unión Soviética, la alianza entre socialismo y nacionalismo se fuera tornando inestable. El pensamiento soviético hacía énfasis en la lucha de clases internacional y declaraba reaccionario al nacionalismo. El abandono por la Comintern en 1928 de la estrategia de alianza con los antiimperialistas llevó a la ruptura de Sandino con los comunistas, misma razón que lo llevó a romper con su aliado salvadoreño Farabundo Martí en 1930.⁵⁷

3. La cuestión del populismo

EN su obra sobre las causas de la Revolución Mexicana, John Hart realiza un ejercicio interesante al poner lado a lado a México, China, Rusia e Irán. Cuatro países que, a pesar de no ser colonias, vivieron en el siglo XIX una gradual penetración de sus mercados por parte de intereses occidentales. Sus respectivos gobiernos acentuaron el control sobre los recursos y los poderes regionales en su anhelo de modernizarse y competir, o al menos protegerse de las grandes potencias. El capital extranjero pasaba a controlar los destinos de la economía nacional y el pensamiento político reclutaba adeptos entre las nuevas clases medias y burguesas creadas a raíz de la entrada de estos países en los mercados mundiales.⁵⁸ Esta “alianza” entre las élites gobernantes y el capital extranjero

⁵⁴ Donald C. Hodges, “Sandino’s Mexican awakening”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies/Revue Canadienne des Études Latino-Américaines et Caraïbes* (Canadian Association for Latin American and Caribbean Studies), vol. 19, núm. 37-38 (1994), pp. 7-34, pp. 11-13, en DE: <10.1080/08263663.1994.10816704>.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁵⁶ David R. Mares, “Mexico’s foreign policy as a middle power: the Nicaragua connection, 1884-1986”, *Latin American Research Review* (The Latin American Studies Association), vol. 23, núm. 3 (1988), pp. 81-107, pp. 94-95.

⁵⁷ Hodges, “Sandino’s Mexican awakening” [n. 54], pp. 18-20.

⁵⁸ John Mason Hart, *El México revolucionario: gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza, 1990, p. 320.

generaba a la vez una hostilidad común. Hostilidad a cargo de las élites económicas, beneficiadas por la modernización pero alejadas de la toma de decisiones, y de las nuevas clases sociales surgidas del trabajo industrial y de la entrada del campo a los mercados internacionales. Tan sólo en 1905 la devaluación golpeó a México, Rusia y China y por contragolpe a Irán, deudor masivo de Rusia. Para lidiar con la crisis, los cuatro gobiernos vendieron concesiones a extranjeros, pasando por encima de propietarios y comunidades locales. Como consecuencia, disminuyeron los proyectos de obra pública, que eran la forma más visible de progreso local y símbolo del beneficio común. En la década de 1910, la inversión extranjera disminuyó mientras las grandes potencias invertían en sus propios países y los préstamos que solicitaban los cuatro Estados se hacían más difíciles de conseguir.

Debido a lo anterior, la primera década del siglo xx fue de desempleo, bajos salarios y sensación general de que el progreso a la europea había sido sólo una ilusión. Fue la puerta de entrada para movimientos que pedían un cambio en las prioridades del gobierno y mayor participación por medio del voto o de un parlamento representativo, a lo cual contribuía el desarrollo de un nacionalismo que tomaba posición contra los intereses extranjeros. Al ser los cuatro países monarquías o dictaduras, la falta de válvulas de escape proporcionadas por la participación política sólo facilitó que las propuestas de reforma se hicieran violentas. Éstas fueron para Hart las causas de las revoluciones en Rusia (1905), Irán (1906), México (1910) y China (1911).

Lo estudiado aquí parece confirmarnos esta explicación de Hart. Pero al ampliar el ángulo no solamente hacia revoluciones sino también hacia rebeliones y movimientos que proponían reformas similares a las que en ciertos casos dieron lugar a revoluciones, nos parece pertinente mezclar las problemáticas estudiadas por Hart y las aquí planteadas con una cuestión propiamente latinoamericana: la definición del fenómeno “populista”.

Se han escrito numerosos trabajos que estudian el surgimiento de estas nuevas corrientes, en un intento por explicar el nuevo mundo político con el cual América Latina entraba al siglo xx. De este proceso surgiría una corriente que ha sido descrita en forma imprecisa como *populismo*, término generalmente peyorativo y aplicado a destiempo a movimientos pasados, pero cuya defini-

ción es importante para ubicar los puntos centrales de este nuevo pensamiento.⁵⁹

Lo que algunos trabajos sobre política latinoamericana definen como *populismo* fue en concreto una serie de movimientos, regímenes y políticas, en especial a partir de la crisis económica de 1929. Entre sus características se destacan la conformación de un movimiento de masas que abarca clases sociales distintas, entre ellas la clase media empresarial, las clases populares y en general todos los sectores de la sociedad mantenidos fuera del ejercicio del poder por la oligarquía. Otro aspecto es el deseo de los miembros del movimiento de incorporarse a los mecanismos de poder e instituciones de la vida política, lo que convierte al populismo en uno de los primeros movimientos que respalda el deseo de las clases populares de participar en la toma de decisiones, así como también la defensa del papel del Estado en la economía nacional, como regulador de los conflictos entre sectores sociales y, por tanto, principal unificador por medio de la conciliación con las fuerzas vivas de la Nación.

El populismo sería pues la reacción de los sectores marginales de la vieja sociedad a la crisis del sector gobernante que se muestra incapaz o reacio a modificar el sistema de oligarquía excluyente. Un movimiento masivo, consecuencia de los cambios ocurridos dentro de la sociedad latinoamericana. Desde un punto de vista político, abarca un amplio espectro de sectores que reclaman su participación en la toma de decisiones. Es el caso de las clases populares y en especial la clase obrera urbana que surge en la última parte del siglo XIX y lucha por encontrar un mecanismo de resolución de los conflictos entre ellos y el sector patronal. El populismo retoma estas reivindicaciones hasta cierto punto y defiende en varios casos la creación de sindicatos y regulaciones laborales.

Las clases medias son básicas dentro del fenómeno populista. Es entre ellas que se consolidan a principios del siglo XX los pequeños empresarios y medianos propietarios que participan del desarrollo económico, pero son excluidos de la política. Frente a los procesos de diferenciación social acelerados por el desarrollo del capitalismo (el surgimiento de la clase media, la clase obrera, la urbanización, la desaparición gradual de la pequeña propiedad rural, la desarticulación del campo...), nuevos dirigentes emanados de la clase media empresarial plantean las reformas que la élite

⁵⁹ María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, comps., *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cienicienta*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

tradicional no ha llevado a cabo y que consideran necesarias para integrar a los nuevos agentes de la sociedad.

Además de reivindicaciones como reformas sociales, mecanismos oficiales nuevos para los igualmente nuevos sectores, democratización, o al menos mayor pluralidad, el populismo también plantea políticas de defensa de la economía nacional con el objetivo de contrarrestar la dependencia frente al capital extranjero. Aquí entra el Estado, el cual debe tener un papel preponderante en la economía, garantizar la resolución de conflictos entre sectores obreros y patronales, iniciar la industrialización del país gracias a la sustitución de importaciones, proteger los productos nacionales de la competencia extranjera.⁶⁰

Se la ha considerado como una reacción ideológica que aglomera todas las fuerzas opositoras a la ideología oficial de la élite: al modelo liberal imperante desde la segunda mitad del siglo XIX. El liberalismo positivista de inspiración europea fue la ideología que defendieron las élites oligárquicas americanas y, cuando el sistema entró en crisis al no darles válvulas de escape a los nuevos agentes sociales, el populismo surgió como una reacción ideológica a todo lo que representaba el liberalismo. El populismo es nacionalista y defiende la aplicación de soluciones propiamente americanas, se opone a la intromisión de capital extranjero que domine la economía nacional, defiende la representación de los nuevos sectores sociales... en otras palabras, se opone al liberalismo imperante en la primera mitad del siglo XX. Se trata de una reacción en contra del peso de las grandes potencias, de la economía sometida a los intereses extranjeros, de la entrada de la burguesía y los obreros a la vida política, de la influencia doble del nacionalismo como defensa de la autodeterminación de la nación y del socialismo en tanto herramienta de defensa de los derechos de las masas.

No existe una lista universalmente aceptada de los regímenes que pueden entrar en esta categoría. Puesto que el término es de por sí impreciso y describe menos un programa político que una serie de tendencias visibles en las sociedades latinoamericanas que podían en ciertas circunstancias dar nacimiento a movimientos reformistas, decidir quién entra y quién no en la definición de populismo es un debate en curso, aunque las listas por lo general incluyen gobiernos y movimientos políticos entre la década de

⁶⁰ Carlos M. Vilas, comp., *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*, México, CNCA, 1994, p. 81.

1920 y la de 1960.⁶¹ Pero los trabajos que estudian el surgimiento de estos nuevos movimientos tienden a ver al populismo como una consecuencia de la urbanización, la industrialización y el desarrollo del comercio internacional, realidades nuevas conforme las sociedades latinoamericanas se adentran en el siglo xx.

Como hemos visto, estos argumentos son los mismos que han utilizado quienes estudian el estallido de revoluciones en Medio Oriente a comienzos del siglo xx. Las condiciones políticas y económicas de todos estos países a finales del siglo xix, su posición dentro del sistema decimonónico, las transformaciones sociales causadas por el desarrollo capitalista y los intercambios ideológicos internacionales, la crisis que enfrentan a comienzos del siglo xx y la aparición de proyectos y organizaciones que abogan por una reacción frente al estado del mundo, todo ello parece confirmar que a comienzos del siglo xx el orden imperial europeo, en apariencia en su apogeo, ya presentaba fisuras.

La periferia del sistema mundial decimonónico está compuesta por naciones independientes. No son colonias, pero la reacción de principios de siglo revela el temor que tienen de serlo. A lo largo del siglo xix, los gobiernos de la periferia acentúan el control sobre los recursos y los poderes regionales en su anhelo por modernizarse y competir con las grandes potencias. Son oligarquías partidarias de desarrollo económico e institucional pero no de democratización de la vida política ni de reformas económicas que cuestionen el liberalismo. Al volver a obreros y campesinos dependientes de un sistema mundial, el capitalismo crea fuentes de rechazo y militancia. Con el capitalismo, entran conceptos de política moderna defendidos por la nueva clase media intelectual y liberal. En alianza inestable con las clases populares, fomenta el desarrollo de discursos reivindicativos basados en nociones como el nacionalismo, el constitucionalismo, la soberanía nacional, la laicidad, el capital nacional, la educación popular. El socialismo en sus múltiples variantes se integra a este caldo de cultivo en el que las diferencias ideológicas no son siempre claras, pero donde todos buscan herramientas para salir de una situación de dependencia que hace una burla de la soberanía nacional.

Los estudios acerca del populismo latinoamericano ofrecen un marco interesante para explicar este parecido y la coyuntura de comienzos de siglo xx, durante la cual surgen tales movimientos y revoluciones. Por ello, si bien el término populismo se utiliza gene-

⁶¹ Werner Altman, Mario Miranda Pacheco, Lucía Sala de Tourón y Marcos Winocur, *El populismo en América Latina*, México, UNAM, 1983, pp. 7-8.

ralmente para hacer referencia a movimientos y gobiernos a partir de la década de 1920, nos parece correcto utilizarlo a comienzos del siglo porque las transformaciones sociales que han servido para explicar el surgimiento del populismo en las décadas siguientes ya estaban generando cambios en las sociedades de América Latina, y de más allá. Un paralelo entre la manera en que se ha descrito al populismo y en la que se han estudiado las revoluciones iraní y turca deja en claro que causas similares llevaron a propuestas similares en ambos continentes. La entrada al sistema capitalista mundial y sus consecuencias sobre las sociedades decimonónicas fomentaron la aparición de movimientos multclasistas encaminados a reagrupar a los que deseaban transformar las reglas del juego en nombre del constitucionalismo, el nacionalismo, el socialismo o una mezcla de todo ello en grados distintos. Los “populistas”, por llamarlos de alguna manera, defienden estos tres conceptos por ser herramientas de reivindicación de su participación en la vida política nacional frente a las oligarquías que los gobiernan.

También es cierto que, en todos estos casos, el populismo no es una corriente política unificada, ni una ideología clara. Los anhelos de reforma tienen tanto proyectos en común como divisiones internas entre radicales y moderados que abogan por cambios políticos o económicos. El socialismo, y más aún el de corte soviético por su internacionalismo, obliga a un rompimiento con el nacionalismo que motiva en muchos la rebelión contra el poder extranjero. El deseo de democratizar a la sociedad llevó a varios casos de gobiernos reformistas dictatoriales, como el de la Revolución Mexicana y el del régimen de Mustafá Kemal, herederos de rebeliones constitucionalistas que crearon sus propias oligarquías revolucionarias. El grado de cuestionamiento del capitalismo puede ir desde cierto control estatal sobre los intercambios y las inversiones para crear un mercado y capitalismo nacionales, hasta el rechazo simple y llano en nombre de proyectos socialistas. Estas divisiones, presentes en todos los casos aquí estudiados, revelan que América Latina y Medio Oriente comparten tanto las causas que los ven seguir, como las divisiones internas que impiden llegar a una definición clara de dichos movimientos. Más que una ideología, el populismo es una “alianza” de movimientos que por un tiempo se identifican con el rechazo a una cierta realidad.⁶²

⁶² John Foran, “The strengths and weaknesses of Iran’s populist alliance: a class analysis of the Constitutional Revolution of 1905-1911”, *Theory and Society* (Springer), vol. 20, núm. 6 (diciembre de 1991), pp. 795-823.

El populismo, si así se le quiere llamar, no puede ser utilizado para referirse a una ideología o un tipo de militancia política. Se trata más bien de un fenómeno surgido en la coyuntura de comienzos del siglo xx, un síntoma de las transformaciones políticas, económicas y sociales desarrolladas a lo largo del siglo xix. Los movimientos definidos como populistas son a su manera la encarnación política de nuevos grupos sociales surgidos a la sombra del capitalismo liberal decimonónico, que comienzan a utilizar las herramientas proporcionadas por el pensamiento político de comienzos del siglo xx para hacer escuchar sus reivindicaciones. De ahí que la hostilidad común a la realidad de comienzos de siglo sea compartida por todos en forma relativamente general, pero que las alternativas propuestas difieran tanto. Más que un programa, una ideología o un movimiento, el populismo puede entenderse como una reacción multifacética al estancamiento del pensamiento decimonónico y sus propias contradicciones. Así se explica su naturaleza multiclasista, sus divergencias frente al socialismo, frente a la democracia, frente a la participación ciudadana, en una palabra, frente a la alternativa que quieren crear. El populismo, más que un actor, es el telón de fondo. Es el trasfondo que ayuda a explicar las cinco revoluciones de John Hart, el ascenso de movimientos, gobiernos y rebeliones en América Latina a lo largo de todo el siglo xx, el arribo del comunismo soviético y la manera inestable con la cual se fundió, o se enfrentó, a propuestas de reforma o revolución más viejas. El ascenso de la Unión Soviética y el predominio de su modelo opuesto al capitalismo liberal a lo largo del siglo xx, oculta la existencia de una corriente general de mayor o menor rechazo y teorización que, por carecer de la claridad ideológica del comunismo y de una superpotencia que fomentara su difusión, no por ello fue menos importante, menos real o menos representativa de los anhelos surgidos de las imperfecciones del modelo decimonónico.

Tan estudiado para el caso latinoamericano, el populismo bien podría ser considerado como una reacción mundial a una realidad mundial. Quizás abrir el abanico de modelos e integrar a países fuera de América Latina ayudaría a comprender la naturaleza del término o a entender que, aun si el término permanece, precisa de otra definición. Ayudaría a entender la complejidad del fenómeno. El estudio de estos fenómenos nacionales a nivel continental y aun mundial, muestra la manera en la cual Medio Oriente y América Latina ya se desenvolvían en un ambiente común. Lejos de

vivir historias aisladas por sus coyunturas locales, ambos mundos compartían una coyuntura a la cual podían responder en formas similares.

RESUMEN

Estudio de la problemática a comienzos del siglo xx en América Latina y en Medio Oriente, regiones en apariencia ajenas pero cuyas situaciones política, económica y social en el siglo xix guardaban un inesperado parecido debido a una misma coyuntura experimentada: el establecimiento del sistema imperial dirigido por las grandes potencias colonizadoras, la expansión del capitalismo y del predominio de gobiernos y compañías europeas y estadounidenses en regiones periféricas del sistema mundial. Agujoneados por los principios de soberanía nacional, constitucionalismo, antiimperialismo y socialismo, nuevas corrientes darían nacimiento a movimientos reformistas y revolucionarios que a lo largo del siglo xx influirán con avatares distintos en la historia de América Latina y de Medio Oriente.

Palabras clave: Revolución Rusa (1905), Revolución Constitucional iraní (1906), Revolución Turca (1908), Revolución Mexicana (1910), Revolución China (1911), Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), socialismo latinoamericano, antiimperialismo, populismo, Universidades Populares.

ABSTRACT

Study of the state of affairs in Latin America and the Middle East at the beginning of the 20th century; these regions, different in their political, economic and social situations in the 19th century, were similar in that they experienced the same scenario: the implementation of the imperial system, managed by the great colonizing powers, and capitalism's dissemination with the wide spread of European companies and governments in peripheral areas of the world system. Driven by the notions of national sovereignty, constitutionalism, anti-imperialism and socialism, new reformist and revolutionary movements were launched throughout the 20th century, and filled Latin America's and Middle Eastern history with new twists.

Key words: Russian Revolution (1905), Constitutional Iranian Revolution (1906), Turkish Revolution (1908), Mexican Revolution (1910), Chinese Revolution (1911), American Popular Revolutionary Alliance (APRA), Latin-American socialism, anti-imperialism, populism, People's University.